

# LA FIGURITA

RITA ESPARCÍA EL GRANO ante un revoltijo de aleteos y picos ansiosos. La mano derecha marcaba un semicírculo alrededor de su cuerpo diseminándolo en abanico, aunque aquel acostumbrado movimiento manifestaba en esta ocasión un algo más de mecánico que de habitual. Incluso lo brusco o arisco del gesto denotaba una desabrida actitud que casaba muy poco con su bonancible carácter.

Esa tarde, Rita tenía los ojos velados por las lágrimas, una amalgama de sentimientos encontrados percutiendo en su pecho. Lo cierto es que andaba como alelada desde que Nemesio le habló de la inesperada visita que habría de llegar sobre el anochecer para encontrarse con don Damián. Aún no podía creer que Rosa tuviese el valor suficiente de presentarse allí. Ella no era madre (al menos en teoría pues, a fin de cuentas, estaba criando a aquel pequeño como a un hijo) pero no le era difícil imaginarse, más aun conociendo a Rosa, el infierno que llevaría pasado esos años apartada de su hijo por culpa de ese... Más de una vez se había fijado en el rostro triste de Nemesio, apreciando con desconcierto la inminencia de las lágrimas en unos ojos tercos que jamás, que ella supiese, habían llorado. Sin duda, tan desconsoladora situación le afectaba tanto o más que a ella.

Pero... ¿Qué podían esperar? ¿Qué podían hacer aparte de aguardar lo peor? Don Damián no iba a dar su brazo a torcer, y ellos no eran nadie para inmiscuirse en sus asuntos aunque fuesen los únicos que conocían los pormenores de aquello que había hecho destilar a los habitantes del pueblo ríos de saliva, impregnando aún más de malicia tan injusta historia.

El sol se acucillaba tras el perfil del monte tintando de sombras el paisaje. Rita sintió un leve estremecimiento que no pudo atribuir en exclusiva al zarzagán que soplaba con desalentadora intensidad. Entonces se dio cuenta que sus dedos seguían escarbando mecánicamente en la sera, donde no quedaba un solo grano. Se quedó unos minutos plantada en mitad de la era con la mente en blanco, y tras soltar un profundo suspiro se encaminó hacia la casona a paso lento, arrastrando los pies entre los que se enredaban algunas alborotadas gallinas como esperanzadas aún en conseguir algo más de pitanza.

Una luz difusa atravesaba el cristal del ventanuco de la cocina poniendo de relieve la silueta de Nemesio, que permanecía de pie ante la encimera. Adivinó lo adusto de su rostro y esa languidez en su mirada de la que hacía gala últimamente. De espaldas, una figura encorvada sobre la mesa. En su boca se delineó por un instante una sonrisa. No le

hacía falta ver su rostro para adivinar el gesto de concentración, la lengua fuera de la boca delimitando una y otra vez el contorno de los labios y el celeste claro de sus ojos engarzado a un trozo de madera que sus manos trabajarían con destreza. Se apresuró a enjugar con el mandil algunas lágrimas que le bajaban por las mejillas santiguándose dos veces ante el dintel. Tanto tenía Dios que perdonarles. Tanto llevaban penado...

No pareció sino que a la noche se le había antojado adelantarse al diapasón del sol. Negros nubarrones entoldaron el cielo en esa última hora vespéral alojando densas sombras sobre las campas. El firmamento aparecía rayado a breves intervalos por panículos de filamentos incandescentes que fluctuaban unos segundos antes de desaparecer antecedidos de un horrísono fragor que hacía vibrar los cristales de las ventanas. De seguida, gruesos goterones comenzaron a repiquetear sobre las tejas, la lluvia se adensó formando una tupida cascada que, implacable, comenzó a caer sobre la cortijada. Rita acomodaba algunos troncos sobre el lar intentando aparentar una tranquilidad que no sentía, a la par que un murmullo pausado y repetitivo escapaba de sus labios.

-Mujer, deja ya de mentar a Santa Bárbara. Es una tormenta, no la antesala del infierno -espetó Nemesio que, sin embargo, se asomó a la ventana incrédulo ante la magnitud de aquel diluvio que hacía rebotar las gotas de lluvia sobre la pátina de agua que anegaba ya el adoquinado-. Joder, sí que llueve de verdad. Aunque quizás así nos libramos...

Las miradas de Rita y Nemesio se cruzaron por un segundo. Un atónito segundo más elocuente que cualesquiera palabras que pronunciasen. Pero ninguno se atrevió a abrir la boca. Nemesio, encogiéndose de hombros, volvió al rincón del poyo donde tenía el vaso de vino mediado y lo vació de un trago. Se secó los labios con la bocamanga y volvió a adoptar la indolente postura que había deshecho para echar un vistazo afuera. De soslayo, lanzaba miradas alabeadas hacia la puerta como si aguardase que de la tosca tablazón rezumase de un momento a otro algún insidioso veneno. De pasada, se fijó en el niño, que sentado ante la mesa no mostraba signo de inquietud alguna, como si el estrépito de la lluvia fuese inaudible para él. Seguía concentrado en retocar con el buril una figura en madera.

Los minutos se sucedían tensos pero despaciosamente, mientras afuera la tormenta recrudecía. Rita acababa de prender los leños y trasteaba con el atizador cuando el sonido de un brusco golpetazo la sobresaltó. El rojizo de las llamas se reflejó en su rostro poniendo de manifiesto el blanco níveo que había adoptado. Un turbión de agua de lluvia se adentró en la cocina a la par que la alta figura de un hombre cubierto con un grueso capote se enmarcaba bajo el dintel.

Nemesio apenas atinó a esbozar un gesto de saludo moviendo levemente la cabeza mientras el hombre alto se demoraba en decidirse a traspasar el umbral como si estuviese a gusto soportando la inclemencia del tiempo o bien le diese grima entrar en la habitación. Al fin, pasó al interior y se acercó a Nemesio exigiéndole con un arisco gesto que le sirviese vino. Este, tras tenderle un vaso, se atrevió a romper aquel terroso silencio.

-Mala noche tenemos don Damián, y para largo parece que va...

-Igual vas y me cuentas algo que no sepa -expresó cortante el hombre alto mirando displicente al niño que seguía enfrascado en su labor con la madera.

-Yo, don Damián, lo dije por decir... Yo, yo... No pensaba...

-Yo, yo, yo... Déjate de monsergas y sírveme más vino. Pero sí, es una puta noche, de manera que, lo mismo, a esa no le da por dejarse caer por aquí. Aunque para el caso es igual. Si se le ocurre aparecer va a salir corrida para siempre. ¡Eso, por mis muertos! Si no sabe lo que es un trato se va a enterar de una jodida vez de quién soy yo. Ea, Nemesio, dame al menos un trozo queso para mitigar la espera. Y cambia esa cara de luto, que no voy a matarla y a enterrarla en la porqueriza... aunque no será por falta de ganas.

Continuaba la lluvia estrellándose con furia contra los cristales tableteando como si cientos de dedos sañudos los golpeasen. Del capote de don Damián chorreaban rostrillos de agua que formaban pequeños charcos sobre las teselas, lo que aprovechaba para perfilar con la punta de una de sus botas indescifrables signos mientras masticaba indolente aparentando una tranquilidad que no debía de sentir, puesto que a intervalos se le endurecían las facciones marcándosele los pómulos en el ya de por sí anguloso rostro.

El niño seguía enfrascado en la talla indiferente a la tensión que se respiraba entre aquellas paredes. Rita hizo ademán de acercarse a él, pero enseguida retrocedió bajo la mirada reprobatoria de Nemesio sintiendo un pellizco en el estómago al entender que no debía llamar la atención de don Damián sobre el niño. Le costó tragar saliva mientras se ocupaba de nuevo de remover los troncos. Se aproximaba la hora de darle la cena al chiquillo, y temía que esa puntual alarma que parecía habitar en su estómago le hiciera mutar su quietud para reclamarla con gritos y pataletas.

A Rita y a Nemesio les había costado acostumbrarse a esa inflexibilidad con la que el niño regía su día a día, como si en su interior unas agujas marcasen en una estricta esfera cada cotidiano acto. Por lo demás, era callado y dócil. Solía pasarse horas tallando unas soberbias figuras, réplicas escrupulosamente exactas de cualquier elemento extraído del entorno.

Volvió a mirar al niño angustiada, por más que este, imperturbable, continuaba embebiendo retocando la fisonomía de un corcel rampante de unos treinta centímetros de altura. Un

amago de sonrisa se delineó en sus labios mientras sacaba un plato de la alacena en el que dispuso una tajada de pan sobre la que vertió aceite y espolvoreó con abundante azúcar. Miró indecisa a su alrededor. Afortunadamente, pensó, los ánimos de don Damián viajaban por otras latitudes, ocupado además en llevarse a la boca grandes tasajos, al unísono que le sacaba el aire a un pellejo de vino. Le pasó la mano cariñosamente por el rizado y negro cabello, revuelto como de costumbre, a la par que dejaba el plato sobre la mesa. La preocupación de Rita comenzó a hacerse más perceptible por el corrugado de su rostro, extrañada por el comportamiento del pequeño que, sin inmutarse ante su plato favorito, parecía dedicarle una especial atención a don Damián. Aprovechando que los hombres andaban enfrascados en una conversación sobre ganado volcó una nueva y generosa cantidad de azúcar sobre el pan como sabía que prefería el niño, goloso hasta indecible. Al instante, un vozarrón le sobresaltó:

-Cag'on la puta, Rita -vociferó don Damián acompañando las ariscas palabras con una aviesa mirada dirigida a la mujer-. ¡Que le tengas que dar todos los gustos al imbécil ese! -levantó aún más la voz, a la par que arrojaba el plato contra la pared.

Un pesado silencio atosigó los presentes. Rita y Nemesio, se diría que encogidos, aguardaban los inminentes exabruptos del niño temiendo que la llama de la rebeldía de la que solía hacer gala encendiese la yesca malintencionada que don Damián llevaba implícita en la mirada. Pero el niño no se movió un milímetro, limitándose a seguir observando con el rabillo del ojo la iracunda silueta de su padre como si aquello no fuese con él. Rita y Nemesio no salían de su asombro, y en la laxitud de sus rostros se reflejó el alivio al intuir que no tendrían que asistir a otra desagradable escena de esas que, por desgracia, no solían ser infrecuentes.

Pero la pertinaz inmovilidad de aquellos personajes, causada por el desconcierto o tal vez desmadejadas en agoreros pensamientos, pareció astillarse como a efectos de un brusco hachazo cuando la puerta de la habitación, que había permanecido tan solo encajada, se abrió de repente golpeando sonoramente contra la pared. Bajo el dintel se situó una menuda figura de mujer de hermoso rostro al que no le restaba un ápice de belleza el cabello mojado adherido a la cabeza al no llevar adminículo alguno para protegerse de la lluvia. El vestido talar, de un apagado color negro, se le ceñía al cuerpo resaltando el modelado exquisito de unas curvas someras, delineadas con la justeza precisa para llamar la atención.

La joven se quedó un momento encogida con la mano alzada tras haber golpeado la puerta, mientras que de sus labios surgía un tímido y apenas audible saludo remarcando temor o arrepentimiento al haber anunciado su presencia con aquel involuntario estruen-

do. Unos ojos de un intenso color dorado, en los que aún se diluía un matiz de puericia, viraron de un rostro a otro hasta posarse con un cálido aleteo de pestañas sobre la figura del niño que continuaba embebido en su labor.

Pasados unos minutos tan largos como tensos, don Damián, que durante ese lapso había permanecido inmóvil -una laxa y vacua mirada entrecerrándole los ojos- avanzó con un brazo extendido sosteniendo al frente un vaso de vino hasta detenerlo pegado al rostro de la mujer, que permaneció impávida mirándolo a los ojos con dureza; un reflejo oscuro enmarcado por un instante en el color miel destellando a modo de desafío.

-Bebe -susurró don Damián mostrando una socarrona sonrisa ante el leve tremor que sacudió el cuerpo de la joven.

Pero al momento, sus facciones se endurecieron bajo un rictus de odio cuando la mujer, sin mostrar el más leve indicio de afectación, se dirigió hacia el niño tras saludar a Rita y a Nemesio con una amistosa mirada, acuclillándose a su lado para susurrarle palabras tiernas al oído.

El estrépito de un vaso al hacerse pedazos contra el suelo sobresaltó a Rita, que miró a su alrededor desconcertada, para seguidamente lanzarle una mirada suplicante a Nemesio, quien solo supo corresponder con un leve encogimiento de hombros. La joven se levantó con parsimonia, dejó caer un beso en la frente del chiquillo y se enfrentó a don Damián, que la cogió del brazo conduciéndola sin miramientos a la habitación contigua sin encontrar más resistencia que un desliz de desafío en su mirada. Rita se sentó al lado del niño, las mejillas saturadas de lágrimas. El asurado rostro de Nemesio se endureció a la par que se le humedecían los ojos.

-ES UN MAL BICHO, y de no ser porque engatusó a doña Carmen sería un muerto de hambre, menos que yo, que al menos sirvo para trabajar. ¡¿Qué es lo que sabe hacer ese aparte de darle tiros a las perdices, si el único palo que ha dado al agua ha sido dar el braguetazo del siglo?! -Rita seguía enjabonando platos en una palangana sin atreverse a entrar en la conversación.

-¡Si hasta ha empezado a vender las tierras! Un buen negocio... cuatro perras le han dado por las bajeras del Albercón. Se está puliendo la fortuna de doña Carmen en burdeles y juergas y ella en la inopia. Hace muy buena planta, me dijo aquel día. Sí, planta de chulo, de putaño, de engreído y de holgazán. Anda que se *andó* aquel día con ojo la señora. Te juro que a veces me dan ganas...

-De nada, Nemesio, que no te den ganas de nada -rompió Rita su mutismo para contestar con un deje de contenido furor-. Si quieres seguir haciéndote mala sangre, allá tú, pero

deja de amargarme con lo que no tiene remedio. Bastante tiene una ya.

-¡Coño, pero es que uno tiene su dignidad...! Y lo que le está haciendo a esa muchacha y al niño... Joder, que es su hijo, y si no es por nosotros... Y a mí no me disimules, que tú lo llevas mil veces peor que yo. ¿Me vas a decir que no te revienta? ¿Que no se te revuelven las tripas? ¡Pues buenas lágrimas llevas echadas desde que empezó esta jarana!

-¿Ahora me vas a venir con esas? Desde el principio me negué a seguirle el juego a don Damián, y te repetí hasta cansarme lo que me estaba costando tragarme esa infamia. Reconoce que fuiste un cobarde, que hasta te tragaste sin protestar cuando le dio por encerrar al niño en el establo como si fuese una res. Sí, don Damián, lo entiendo don Damián... Un niño, Nemesio, un niño que tuvo la desgracia de nacer así, y tú sin decir ni mu... Peor, hasta la razón le diste.

-Y tú no me lo vas a perdonar nunca aunque sabes cuánto me arrepentí de aquello. Pero era eso, o algún orfanato sabrá Dios dónde. Y solo transigí por el chiquillo, para que se quedase con nosotros hasta que algún día la madre pudiese hacerse cargo de él y porque no valía la pena llevarle la contraria a don Damián. ¿Crees que con la mala leche que se gasta hubiese tardado mucho en ponernos de patitas en la calle si le desobedecíamos? ¿Y ahora, adónde vas?

-A rumiar en algún sitio todo esto Nemesio, que me da asco. Pero tienes razón, nosotros lo hemos consentido y seguimos en las mismas. Porque no nos quedaba, ni nos queda otra, pero consentido. Y hasta ahí, lo puedo soportar, pero lo que me trae a malvivir es que no fuimos capaces de ponernos al lado de Rosa la otra noche, al lado de una madre que lleva años luchando por estar con su hijo, que ha tenido el valor de volver al pueblo aun sabiendo que la van a vestir de limpio -dijo Rita retorciendo el delantal con furia-. Y ese malnacido no ha consentido que se lo llevase para fastidiarla, solo por eso, como si no le hubiese amargado ya bastante la vida -farfulló ahora con la voz rota, entreverada de mocos y lágrimas-. Cualquiera día se me arremolina el pescado, cojo al niño y lo llevo con quien debería estar -añadió rotunda antes de dirigirse a la puerta.

-Eso ni se te ocurra... -comenzó a decir Nemesio con la hiel saliéndole por los ojos sujetándola por el brazo- te juro que yo he pensado lo mismo cientos de veces, pero si el amo nos larga de aquí no tenemos ni donde caernos muertos. Y digo yo, que cómo a la Virgen o a alguno de los santos esos a los que tanto les rezas no les dé por ablandar a ese canalla, mal camino llevamos todos.

-Ese es el problema Nemesio, que ya está ablandado, pero por donde no debe. Don Damián vive amargado desde hace años, de ahí lo del juego y las borracheras. Qué dices bien, que nunca ha sido trigo limpio, pero tampoco *ha andao tan escarriao*. Está así desde

que se enamoró de Rosa, y ni puede olvidarla, ni vivir sin ella... ni con ella tampoco.

-¡Pero qué coño de burrada estás diciendo! -cortó Nemesio alzando los brazos.

-Que soy mujer Nemesio, que soy mujer y de estas cosas sabemos más que los hombres, que no os fijáis en nada. Coladito por ella Nemesio, te lo digo yo.

Salió Rita de la cocina dejando a un Nemesio pensativo mordiéndose los labios.

-¡La Virgen! ¡Si va a ser verdad lo que dice esta! Así de *encabronao* anda el hombre...

NEMESIO DESCUBRIÓ EL CADÁVER. Se santiguó tres veces nada más ver aquel bulto que enseguida identificó, abajo del despeñadero, casi en el cauce del arroyuelo que ese día llevaba algo de agua. Llovía desde el alborar y aún el cielo evacuaba desde su negro vientre como si quisiera ahogar de nuevo la maldad de la tierra. A grandes voces llamó la atención de dos gañanes que andaban con el vacuno, encargándole al más joven que saliese a la carrera hacia la cortijada para enterar a doña Carmen de la mala noticia.

Ante el barranco, pensaba Nemesio en lo arriesgado del descenso bajo la impetuosa lluvia cuando un objeto blanquecino le llamó la atención. Antes de sacarlo del barro ya se le había desbocado el corazón, brincándole entre las costillas como si pretendiese escapársele, pero cuando levantó la mirada y vio aquellas pisadas de pie pequeño nítidamente marcadas justo donde terminaba el sendero, tuvo que sujetarse el pecho bajo la sensación de que verdaderamente se le iba a salir del cuerpo. Sin pensárselo, marcó furiosas pisadas sobre el barro. Seguidamente se asomó al declive. Gotas de lluvia difuminaban las lágrimas que sin contención alguna surgían de sus ojos.

Varios hombres zabuqueaban curiosos alrededor de aquel bulto cubierto de una lona negra. La lluvia continuaba enfervorizada en anegar las campas, ahora con inusitada violencia. Nemesio estaba sentado a horcajadas en un tocón, lo más lejos que pudo del cuerpo y de los tres guardias civiles que se arracimaban a su alrededor. Un cabo y dos números que constantemente recomponían la posición de sus capotes intentando el imposible de salvaguardarse de la lluvia. En ese momento, con el resuello alterado, llegó el joven que enviase a la casona.

-¿Qué esperan estos, a que el arroyo suba y se les lleve... eso? -Preguntó avizorando hacia la zona alta de la cañada donde la negrura de las nubes se hacía más espesa.

-Tú en esas no te metas. Te esperas como yo y ya está, que ricas se las gasta el cabo ese. Entonces, doña Carmen...

-Se le enfurruñó la cara y se le saltaron algunas lágrimas, pero no se echó a llorar, ni a dar espavientos ni nada. Tampoco es que don Damián fuese un primor de marido...

-¡Eh, tú, de esos asuntos chitón! Ni sabes, ni cuentas nada. Si te preguntan los guar-

días, tú, ni idea... -increpó Nemesio al muchacho en lo que quiso ser un susurro pero que debió surgir a más volumen de lo requerido, llamando la atención de los guardias que se volvieron hacia ellos-. ¿Escuchas lo que te digo? Esos no pierden puntada y...

Calló Nemesio cuando un entrechocar de piedras les alertó sobre la inminente llegada de aquellos que aguardaban que, en fila, bajaban por la serpenteante vereda.

-Ya están esos aquí... -dijo Nemesio levantándose como por cortesía a los que llegaban aunque les faltase todavía un trecho hasta la hondonada-. A ver qué...

-Pues cómo ha de salir -espetó el joven un tanto estupefacto ante el rostro sombrío que lucía ahora su interlocutor-. ¿Qué culpa tiene nadie de que el amo resbalase en el barrizal y cayese al barranco?

-Eso, qué culpa tiene nadie... -murmuró Nemesio dirigiéndose hacia el cabo que reclamaba su presencia con gestos imperiosos. Dentro del bolsillo del impermeable, en el puño cerrado, seguía aferrando con fuerza aquel objeto que encontrase en el lodo.

Pasado un rato, ascendían los hombres la vereda, todos en silencio excepto una figura alta ataviada con un gabán de color negro que no dejaba de despotricar sobre aquel tiempo de perros y de lo peligroso de la senda. A su lado, el cabo asentía sin perder puntada de sus pasos por si necesitase ayuda. Tras ellos, los civiles llevando el cadáver en unas parihuelas. Nemesio, que cerraba la fila algo regazado, acababa de cruzar el arroyo cuyo nivel seguía ascendiendo a buen ritmo. El agua les había cubierto hasta cerca de las corvas.

Con disimulo, se volvió hacia las aguas que corrían rápidas a sus pies. Sacó la mano del bolsillo y miró de nuevo aquello aún con la incredulidad haciendo de rémora en su mente. La talla en madera representaba a un niño mirando arrobado el rostro de una mujer de la que iba cogido de la mano -nada difícil de adivinar sus identidades por la fidelidad de sus rasgos-. Inclino la palma de la mano y la figura cayó a las aguas que rápidamente la arrastraron cañada abajo.

Nemesio dio un respingo al escuchar a sus espaldas un vozarrón que le reclamaba. Se volvió con una nivea palidez demacrándole el rostro, asintiendo con la cabeza al elocuente gesto del cabo que lo compelió a unirse a la comitiva. En seguida subiría. En cuanto la flaccidez que corroía sus piernas le permitiese andar.

SENTADOS A LA MESA Rita y Nemesio se llevaban la cuchara a la boca con indolencia, como hastiados de tan surto gesto o ya ahítos. En realidad, estaban pendientes del niño, que sentado a un extremo apenas le prestaba atención al plato, llevándose una cucharada a la boca de tarde en tarde, enfrascado como estaba en retocar una figura en madera.

Rita, entretenía su mirada estudiando el rostro tenso de Nemesio, a sabiendas de que una preocupación nada liviana debía rondarle el magín a juzgar por la profundidad de las arrugas que marcaban su frente.

-¿Me lo vas a contar? -soltó imperiosa Rita ante un abstraído Nemesio que pareció no escuchar aquella frase dicha en un tono buido y arrojadizo.

Nemesio se echó hacia atrás sobresaltado con las salpicaduras del estofado que llegaron a tintarle hasta casi la coronilla, esparramadas por una pequeña piedra cóncava que solía utilizar como cenicero que, no sabía cómo, ocupaba ahora el centro de su plato.

-¿Me lo vas a contar? -volvió a proferir Rita las mismas cortantes palabra, esta vez, con ánimo inquebrantable, claramente perceptible por lo alterado de su voz-. ¿No te parece que has callado ya durante bastante tiempo?

Nemesio exhaló un largo suspiro. Se enjugó el rostro mirando fijamente a su interlocutora y comenzó a liar con morosidad un cigarrillo. Durante un instante, solo se escuchó en la habitación el crepitar de los leños en el hogar y el suave rascar del buril en la madera. Nemesio se levantó tras apurar el vaso, y acercándose al niño, señaló con el dedo la figurita que perfilaban sus manos. Sacó de un bolsillo una semejante y se la mostró a Rita, que se llevó la mano a la boca para reprimir un alarido que pinzó por un instante su garganta al reparar en los rostros cincelados en la madera. Cuando escuchó de labios de Nemesio dónde y cuándo halló otra igual, las lágrimas le emborronaron la vista que mantenía fija en el imperturbable rostro que, como de habitual, mostraba el niño.

-Puede haber alguna otra explicación -balbuceó insegura Rita, lo errático de sus ojos remarcando el desconcierto.

-Pues dime... Nunca le habíamos visto hacer algo parecido, y mucho menos repetir tantas veces lo mismo. Por otra parte, solo tú o yo, aparte de él, podíamos haberla perdido en el barrizal.

-Por Dios, Nemesio, que estamos hablando de un niño...

-Tú misma dices a menudo que entiende más de lo que parece. Y estoy por pensar, que cuando le interesa, se entera de todo -espetó Nemesio mirando al niño con intención-. Tal vez, ahora mismo nos siga la conversación aunque lo disimule.

-¡Ya basta! -Gritó Rita fuera de sí-. ¡Déjame pensar, por favor...! Esa mañana fuimos a la tenada, él se sentó en el poyo de la entrada y, si no recuerdo mal, cuando terminé de limpiarla seguía allí, en el mismo lugar. Tú sabes que no le gusta alejarse de mí, aunque pudo hacerlo, claro, puesto que yo no estuve pendiente de él en ningún momento pero... ¿Me quieres hacer creer que el niño fue capaz de empujar lo bastante fuerte a un hom-

bretón como don Damián para hacerle caer a la hondonada? Que nones, por muy de sorpresa que lo hubiese podido pillar. Te digo, que eso no me lo creo, que lo veo imposible.

-Pues entonces, a ver si va a tener razón el malasangre del cabo ese y he sido yo. -Dijo Nemesio tocándose con los dedos un moratón que lucía en la mejilla derecha.

-Lo siento... -dijo Rita abrazando a un compungido Nemesio que enseguida se separó de ella componiendo un gesto de dolor en el rostro-. Perdona... ¿te sigue doliendo?

-Joder, y cómo. Esa bestia ha debido de romperme alguna costilla.

-Pues anda, que si no llega a intervenir doña Carmen... Lo que no entiendo es por qué la ha tomado contigo de esa manera, cuando pudo ser cualquiera de los muchos que trabajan en la hacienda. Alguna venganza o vaya usted a saber. El amo no era precisamente de dejarse querer, pero de ahí a pensar en matarlo, va un buen trecho...

-Yo tampoco lo entiendo, Rita. Es como si supiese algo que los demás no sabemos... o que le están apretando desde arriba, o le caí mal, o sabrá Dios qué -dijo Nemesio cogiendo un sombrero de paja con un meditabundo rictus ensombreciéndole el rostro-. Bueno, voy a echarle un vistazo al ganado, ya que no estoy para mucho más.

-Ve con Dios y con cuidado, no te vayas a lastimar otra vez...

Quedó una pensativa Rita con el niño enfrente, entretenida en mirarlo como aquejada de una insoslayable inmovilidad, hasta que al rato pudo desperezar la mente, comenzando por recoger los platos, fijándose en que ninguno de ellos estaba ni tan siquiera medio. Mientras los ponía a remojar en un lebrillo, pensaba sobre qué ocurriría con el niño tras el fallecimiento don Damián, alegrándose una pizca en su interior con la idea de que al fin, Rosa tendría la oportunidad de reunirse con él, en la casi certeza de que doña Carmen no se habría tragado la bola de que esa criatura era suya y de Nemesio, por mucho teatro y barriga falsa que montaran por aquel entonces.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al percatarse de la inquietante mirada que mantenía el niño. Continuó observándolo sintiendo cómo el vello se le ponía de punta. De verdad, que llevaba un tiempo raro. Le parecía que desde la noche que vio a su madre... No podía ser, pero en ese momento hubiese jurado que le estaba leyendo el pensamiento. Era la primera vez que adivinaba un amago de sonrisa en esos labios, de común, tan estáticos e inexpresivos como el resto del semblante.

ANDABA NEMESIO MEDITABUNDO junto a la hondonada elucubrando sobre lo que descubriese aquel día cuando uno de los gañanes se le acercó para darle aviso de que tenía que acudir a la casa grande a ver a doña Carmen. Con cierta reticencia, apartó la vista de una huella que permanecía mimetizada entre las pellas de barro reseco, ramone-

ando lo amargo de alguna difusa conjetura que no acababa de cuajar en su mente. Arrancó a grandes zancadas hacia la casa grande llevando adentro la desazón de aquello que le rondaba las mientes, pero que por más vueltas que le daba, no podía precisar.

Doña Carmen se encontraba en el jardín, concentrada en el cuidado de un rosal. Nemesio carraspeó para llamar su atención, pues llevaba un rato tras ella sin que la mujer advirtiese su presencia. Cuando volvió el rostro hacia él, no pudo evitar deleitarse con esa hermosa sonrisa que tanto le perturbaba. A pesar del vestido negro y de llevar recogido el pelo sobre la frente con una pañoleta del mismo color, aquella mujer deslumbraba.

-¿Me ha hecho llamar, Doña Carmen? -preguntó un inquieto Nemesio, bajando la mirada por no retenerla demasiado tiempo sobre el cuerpo de la mujer.

Sonrió Doña Carmen sin afirmar ni negar, para seguidamente comenzar a disertar sobre los cuidados del jardín mientras, despreocupadamente, continuaba con la poda del rosal. La inquietud de Nemesio se acrecentaba en la certeza de que si la mujer lo entretenía con naderías, era porque algo desagradable tendría que decirle, pues de lo que sí estaba seguro era de que no lo había llamado para conversar sobre plantas.

-Vaya con Esteban -espetó Doña Carmen en un tono desabrido, guardando el equilibrio sobre una pierna, atendiendo al zapato que se le había quedado clavado en la tierra-. Mira que le he dicho veces que riegue con cuidado, que no empantane los parterres... Pero nada. Mira que desastre.

Nemesio se acercó a la mujer que se apoyó en su hombro mientras él extraía el zapato del lógamo. Nada más lo tuvo en la mano sacó un astroso pañuelo y comenzó a limpiarlo.

-Con el pañuelo no, Nemesio, coge unas hierbas o algo así...

-No se preocupe Doña Carmen, si está para tirarlo, y tampoco lo uso. La Rita se empeña en meterme estos más viejos en el bolsillo...

-Tú no sabes nada -dijo en un tono bajo y como confidencial Doña Carmen, los rostros próximos, las palabras sonando entre interrogantes y dubitativas, él sintiendo como comenzaba a bullirle la sangre a la par que aspiraba con delectación el fresco olor a vainilla que desprendía el cuerpo de la mujer.

-¿Qué iba a saber yo más que los demás? -contestó inseguro Nemesio.

-Pues sé, quizás... He conseguido que el cabo te deje en paz, pero recela algo de ti y no sé yo sí podré pararle los pies mucho más tiempo... -contestó melosa la mujer aunque de nuevo en un tono ambiguo, para continuar elevando la voz, bastante lejos de cualquier suavidad-. ¿Sabías que el forense no las tiene todas consigo sobre un hematoma que presenta el cuerpo en la coronilla, que más bien parece debido a un golpe dado con algo duro, que no a uno fortuito producido en la caída? -Soltó doña Carmen como si nada, mi-

rando a lontananza, donde la llanura se volvía monte bajo, con la misma simplicidad con la que había llamado *cuerpo* a los restos mortales del que fuera su marido.

Quedó Nemesio alobado un instante mirando el rostro que tenía ahora insultantemente cerca. ¿Le parecía a él, o había detectado un matiz de acusación y amenaza en aquellas palabras? Se agachó sin contestar, y con manos temblorosas, introdujo con delicadeza el zapato en aquel pie... pequeño.

Inquisitivo, levantó la cara Nemesio hacia el rostro de la mujer detectando un deje de altanería en la forma de mirarlo, e incluso creyó adivinar un leve matiz de crueldad en el fruncido de aquellos labios rosas intuyendo que en breve se abrirían para remachar aquello que hasta el momento solo habían insinuado.

-Verá, Doña Carmen... -sonaron decididas las palabras de Nemesio, articuladas despacio, intentando aparentar una seguridad y tranquilidad que no sentía-. Uno, a veces, se da cuenta de cosas, pero piensa que mejor pasarlas por alto. No por nada -continuó el hombre dado el silencio de su interlocutora- sino porque las malas lenguas están ahí y algo de lo que se diga siempre queda aunque parezcan desatinos. ¿No cree usted, que mejor callar que intentar adivinar... lo que sea?

Se separó bruscamente la mujer de Nemesio componiéndose el vestido mientras sus labios se cerraban en una prieta línea. Justo cuando iba a decir algo, Nemesio le tendió una figurita de madera.

-¿Y esto? -preguntó con voz temblorosa doña Carmen cogiendo aquel trozo de madera como si le quemase.

-Un regalo. El niño, ya sabe... Si se fija, verá que se trata de Rosa... ¿Se acuerda que estuvo a su servicio un tiempo, hace algunos años? y del niño, que no entiendo por qué se coge de su mano y la mira con cara de ternura, mire *usté* -remarcó las palabras Nemesio como si las masticase- como si entre los dos hubiese algún lazo... ¿Qué le parece?

-Ese chiquillo es un artista. Lástima lo de... su salud. -Ahora, los ojos de doña Carmen se empequeñecen, las manos en jarras sobre los costados y un cortante gesto de contrariedad demudándole el rostro-. ¿Adónde quieres llegar, Nemesio?

-A ningún sitio doña Carmen... -alegó Nemesio encogiéndose de hombros-. Pensé que le gustaría verla aunque usted, igual ya había tenido antes una *igualica* a esta en sus manos el día después de la visita de Rosa, cuando se pasó la mañana cocinando dulces con la Rita. Ahora, si me dice para qué me ha llamado...

Dudó un momento doña Carmen antes de decidirse a despachar a Nemesio con una agradable sonrisa alegando que tan solo pretendía comunicarle que no se preocupase por el cabo de la Benemérita, que no volvería a molestarle. Asintió Nemesio con la cabeza

devolviéndole la sonrisa a la mujer fijándose en los puños apretados junto al costado y el cuerpo envarado y rígido que mantenía sin ningún disimulo. Cuando hubo dado unos pasos se volvió, y mirando fijamente a los ojos de doña Carmen espetó:

-Bien, como parece que ya está usted informada de todo, le diré a Rita que baje al pueblo a buscar a Rosa para que se lleve el niño y... ¿cuento con usted para que nos ayude con los papeles y eso?

Se volvió bruscamente Nemesio y comenzó a andar hacia la cortijada a paso vivo sin esperar respuesta alguna. Por su parte, doña Carmen no negó ni afirmó, continuó un rato inmóvil hasta que se dio la vuelta para decapitar, con un rápido ademán de la tijera de podar, la cimera copa de un florecido rosal.

A su espalda escuchó un: *lo contenta que se va a poner la Rita cuando se entere*, que le hizo dirigirse hacia la mansión a paso rápido por mitad de los parterres sujetándose a media altura el vuelo de la falda.

**ÁLVARO SIJÉ**